

EL TRAJE REGIONAL EN CECLAVIN

por Isaías LUCERO

Hablando del traje regional, en alguna que otra ocasión, he dicho que es una lástima que no se conozca el llamado traje de labradora que visten en varias festividades las ceclavine-
 ras, estas guapas muchachas de mi pueblo. Voy, pues, a aprovechar esta revista, cual magnífica tribuna a este fin, para pregonar a los cuatro puntos cardinales de nuestra provincia cómo es este traje regional que no debe perderse por muchos y variados motivos, entre los que destacamos dos esenciales: su elegancia y la reserva moral que supone frente a la procacidad y al desnudismo de la era presente.

No quiero entrar en disquisiciones filosóficas sobre cómo gusta más una muchacha, si elegantemente vestida o abandonada al modernismo pornográfico y soez, signo de degeneración de esta época plena de tecnicismo, pero escasísima o nula de belleza moral; pero lo que aquí afirmo es que, en la evolución histórica, el hombre ha ido cada día más cubriendo sus carnes, creando con ello un arte, el arte del bien vestir. Y es que la civilización intuyó, al correr del tiempo, que si venimos desnudos a la vida, existe en nosotros algo superior y supremo: la ley moral, que es también una naturaleza origi-

nal, y por tanto, primaria; y ganarla ha supuesto siempre un avance y un progreso. Natural es una necesidad corporal, y a nadie se le ocurre hacerla en plena calle.

Y dejemos esto así.

El traje de labradora, que visten en varias festividades las ceclavine-
 ras, estas bellas muchachas de mi pueblo, tiene un abundante y rico atuendo: vestido y joyas. El vestido lo componen: jugón de pana fina negra con mangas que al final llevan un ribete de encaje como también el cuello; saya plisada de bayeta en amarillo, encarnado, verde o morado; mandil de pana ribeteado de encaje como el jugón y adornado de bordados; media blanca calada, zapato negro. Cubriendo el jugón, pañuelo de Manila.

Las joyas, todas de oro de ley, son: pendiente de jarra con aljófar o penderiques, gargantillas o cadenas. O ambas cosas. Estas preciosas joyas llevan finisimas filigranas con un trabajo nada común, producto de aquellos orifices de Ceclavin que durante muchos años condujeron su trabajo de artesanía en oro o plata por toda la geografía nacional y aun fuera de ella, y que tanto renombre y fama dio en un pasado todavía próximo a esta industria que empleaba a varias familias.

Tal atavío, vistoso, sorprendente y elegante, es lucido por estas muchachas con toda gracia y donosura; por lo que este escogido atuendo queda empequeñecido ante la belleza de la mujer de esta tierra y este cielo escondidos entre el Tajo, el Alagón y el Fresneda; rincón de nuestra provincia, que, si Dios lo colocó alejado de centros ur-

banos e industriales, nos dio a estas mujeres de feminidad extraordinaria y que saben ser esposas y madres, reinas de un hogar, donde al reinar ellas, reinan también el amor, la paz, la religiosidad...

Quiera Dios que nuestras muchachas sigan buscando en este traje regional su encanto moral y físico.



Una «guapa muchacha» ceclavina con el traje típico